



**Luchino VISCONTI, Italia, 1973**

Director italiano (1906-1976) de cine, ópera, teatro y ballet. Maestro del cine antropomórfico y destacado militante izquierdista, participó en el movimiento de resistencia antifascista de 1943 a 1944 y en varias campañas comunistas durante la posguerra. Neorrealista, creó una amplia filmografía. Entre sus más destacadas realizaciones se encuentra *El gatopardo*, de 1963.

Tengo la impresión de que a raíz de un profundo proceso de evolución ha nacido en el teatro una exigencia de verdad y de absoluto que puede elevarlo al valor de testigo, a un nivel comparable al de las grandes épocas. De hecho, si pienso en la historia del teatro de este siglo en el mundo entero, encuentro que más allá de las teorías, de las poéticas, del desarrollo tecnológico, lo que le ha ocurrido al teatro es esto: en un primer momento pareció enfrentar su desaparición ante el ataque masivo de los medios de comunicación de masas: luego, habiéndose cuestionado sobre su realidad y su verdad, terminó por reencontrarse a sí mismo. Ha emergido de su eclipse para redescubrir su identidad real, que es la de ser el lugar en el cual se confrontan los valores y relaciones humanas. Las mismas debilidades del teatro –su fragilidad, su irreversibilidad, esa particularidad de la representación teatral de no ser nunca igual a sí misma, el riesgo del deterioro al que está expuesta después del estreno, y que me enfurece y me produce tal angustia y, por contraste, me hace soñar con alivio en la final e inmutable versión filmivca-, todas estas debilidades, precisamente, han terminado por reconfirmar al teatro (y en eseto estoy de acuerdo con Camus) como el medio humano por definición.

Porque si registra y expresa los cambios y el aspecto provisorio del hombre en su vida y su comportamiento cotidiano, el teatro, al mismo tiempo, estimula en él su aspiración a superarse. Por una parte, el teatro muestra nuestra vida en lo que ella tiene de más profundo, peligroso, trágico y misterioso; por otra, destila su esencia y da una representación siempre nueva del mito y la leyenda del hombre mediante un esfuerzo siempre nuevo, a través de la participación, con el fin de aprehender el sentido de la existencia.

Hoy, los otros medios de masas con los que el teatro solía, erróneamente, pensar que tenía que competir, se han hecho cargo en gran medida de todo lo que es entretenimiento, paatiempo, evasión. El teatro ha permanecido libre de todo esto y ha parecido, empobrecerse. No es así; por el contrario, se ha enriquecido, ha tomado fuerzas. Aligerado de sus tareas menores, el teatro, como siempre he pensado que debía hacerlo, ha comenzado nuevamente ha abordar los grandes temas de importancia vital.

Porque, si el descubrimiento y la descripción de lo exótico, maravilloso, múltiple o sociológico pertenece de ahora en adelante a otras artes y técnicas, he aquí lo que pertenece al teatro: todo aquello que significa estar vivos en día, juntos en el encuentro y a la espera de un evento esencial o de una esperanza –una esperanza terapéutica, tal vez la salvación; en todo caso la certeza de que existe una relación esencial e irreductible entre los hombres- a la espera, también, de una misteriosa trascendencia.

Es por esta razón que en el teatro –que se ha convertido, como dijo alguien, en una catacumba- el hombre desciende al encuentro consigo mismo y con su propio destino, al poner a prueba sus creencias y sus emociones en un juego que tiene el doble poder de la realidad y la imaginación. El teatro, que parecía marginado, ha retornado al centro de la experiencia colectiva.

Es por ello que el hecho de entrar hoy en día a un teatro se ha convertido en un acto "diferente"; significa una escogencia, presupone una esperanza racional de claridad y de absoluto. Y este retorno a la fuente colectiva de las emociones y la verdad constituye un acto de humildad y de amor.